

CAPÍTULO XXIV

Marcha Cortés en auxilio de los chalqueños.—Nuevo reconocimiento de los pueblos de la laguna.—Combates en la sierra.—Toma de Cuernavaca.—Terrible sed del ejército.—Batalla de Xochimilco.—Inminente peligro que corrió Cortés en ella.—Marcha á Tacuba.—Dos de sus asistentes caen prisioneros en el camino.—Tristeza que este acontecimiento causa en Cortés.—Entrada en Tacuba.—Pensamientos que preocuparon su mente.

1521. Era el 5 de Abril de 1521. Hernan Cortés,
Abril 5. al frente de trescientos infantes españoles, treinta ginetes y veinte mil aliados, salía de Texcoco con dirección á la ciudad de Chalco, donde era esperado con impaciencia.

Dejó en la plaza al valiente y discreto Gonzalo de Sandoval, con una fuerza de veinte soldados de caballería y otros trescientos infantes.

Su objeto era dejar seguros á los chalqueños de que no sufriesen nuevas hostilidades de parte de los mejicanos;

rodear los lagos, reconociendo la parte del país que se hallaba en la parte meridional, como habia reconocido antes la situada en la occidental; hacer probar su fuerza á las poblaciones que se hallaban próximas á Méjico, y volver á Texcoco cuando los bergantines se hallasen terminados.

Iban en esta expedicion muchos de los que habian llegado en los últimos buques, entre ellos el tesorero Julian de Alderete. Tambien marchaba en ella el bravo Bernal Diaz, sano ya de la terrible lanzada recibida en la garganta.

El ejército pernoctó en Tlalmanalco, ciudad próxima á Chalco, y perteneciente á la misma provincia, donde fué recibido con verdadero entusiasmo. Abundancia de víveres, excelentes alojamientos y franca cordialidad encontraron los españoles en aquella hospitalaria población. A las nueve del siguiente dia llegó Hernan Cortés con sus tropas á Chalco, cuyos habitantes salieron á recibirle con aclamaciones de alegría.

Los señores de la ciudad y la nobleza pasaron inmediatamente á visitarle á su alojamiento, para darle las gracias por haber marchado en persona en su socorro. Despues de los mútuos plácemes, cruzados entre los jefes del Estado y Cortés, por los triunfos alcanzados sobre los aztecas, el caudillo español les hizo saber, por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, el objeto de la expedicion que acababa de emprender. Les dijo que su intencion era dar una vuelta alrededor de la laguna; procurar atraer á la paz á varios pueblos que aun obedecian al emperador de Méjico; hacer un reconocimiento de todos los puntos próximos á la capital azteca, pues se acercaba el instante de ponerla sitio, y emprender este dentro de bre-

ves dias, pues los bergantines se hallaban próximos á terminarse. Agregó que dentro de dos horas continuaria su marcha; y concluyó diciéndoles que, estando interesados todos en derrocar el imperio mejicano, esperaba que cooperasen con el mayor número de fuerzas que les fuese dable, las cuales debian acompañarle en el reconocimiento que iba á hacer.

La contestacion fué altamente satisfactoria. Los jefes del Estado manifestaron que pondrian á su disposicion un fuerte ejército, mandado por sus principales capitanes. «Nuestro afan, dijeron, es servir con lealtad al monarca de Castilla, y en el camino se os unirán nuestras tropas.»

Hernan Cortés les dió las gracias por sus sinceros ofrecimientos, y partió poco después de la ciudad. No fueron vanas las promesas hechas por los señores de Chalco. El general español, tomando una senda fragosa, aunque pintoresca, se dirigió hácia Chimalhuacan, agradable ciudad del Estado, situada en los montes que se levantan al Mediodía del valle de Méjico (1). La recepcion fué lisonjera, y las autoridades se esmeraron en obsequiar á Cortés. Cuando al siguiente dia se preparaba á continuar su marcha, se encontró gratamente sorprendido de ver que acudian á servir bajo sus banderas millares de escuadrones, que anhelaban acompañarle en la expedicion de reconocimiento. Mas de veinte mil hombres, armados de flechas,

(1) Hay dos poblaciones con el mismo nombre: la que dejo referida, que es á donde marchó Cortés, y otra situada en la orilla del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan. Aquella se llama Chimalhuacan-Calco, y la segunda simplemente Chimalhuacan.

hondas, lanzas y macanas, se le presentaron en aquella sola ciudad, reuniendo, antes de salir de ella, un ejército de cuarenta mil aliados texcocanos, chalqueños, tlaxcaltecas y huexotzincos (1).

Al rayar el alba, se hallaba la tropa española dispuesta para salir. Después de haber oído misa con el mayor recogimiento, los soldados se formaron según el orden que les correspondía. Las autoridades indias de la población, habían avisado á Hernán Cortés que los mejicanos, en número considerable y en ventajosas posiciones, le estaban esperando para presentarle batalla. El caudillo español tomó la descubierta con veinte ginetes, dejando diez en la retaguardia, y colocando á la infantería convenientemente, emprendió su marcha. Nuevos y numerosos escuadrones de indios aliados se le fueron agregando en el camino, deseosos de medir sus armas con los mejicanos. De todas partes llegaban guerreros, atraídos por el placer de la guerra, de la gloria y del botín. El número de auxiliares llegó á ser, á las pocas horas, asombroso. Bernal Díaz del Castillo, sorprendido con la vista de aquellos escuadrones, que se extendían como un mar inundando la tierra, asegura que «jamás, desde que pisó las playas del Anáhuac, había llegado á ver reunida una fuerza de indios aliados, igual en número á la que en aquellos momentos les acompañaban (2).»

(1) Hernán Cortés dice que se juntaron en Chimalhuacán «mas de cuarenta mil hombres de guerra nuestros amigos.» Bernal Díaz pone que eran veinte mil. Resultando la cifra total de cuarenta mil; pues Cortés incluye los veinte mil que llevaba ya, y Bernal Díaz solo hace mención de los que fueron á unirseles en la población.

(2) «Y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo había ido, después

Los españoles marchaban con las precauciones que nunca descuidaban, dispuestos para el combate, pues esperaban encontrar al enemigo en cada vuelta que daba el áspero sendero que llevaban. A uno y otro lado del camino se levantaban agrestes sierras, en cuyas cimas y laderas, se descubrían cortas aldeas, diseminadas á largas distancias, como nidos de palomas, ocultos entre los árboles y los maizales. A medida que el ejército avanzaba, iba presentando el terreno pasos más difíciles y escabrosos. Cruzando por entre peñascos enormes, que hacían fatigosa la marcha, se encontraban, de repente, con una profunda barranca que tenían que rodear, para continuar el tortuoso sendero, siempre estéril y escabroso. Mientras el ejército luchaba con las dificultades que le presentaba el agreste terreno sobre el cual marchaba, algunas partidas de guerreros aztecas, situadas sobre las cimas de las sierras que dominaban el paso, arrojaban una lluvia de flechas y de piedras sobre los españoles, dando enormes alaridos de guerra y haciendo resonar al viento con sus caracoles marinos y sus tamboriles. Hernán Cortés y sus soldados, sin hacer caso de las voces y de los gritos, continuaban avanzando sin pronunciar una palabra, en el mayor orden y dispuestos para el combate.

Eran las dos de la tarde, cuando el ejército se encontró al pie de una montaña fragosa, cuya elevada cima estaba ocupada por mujeres, niños y ancianos, y la falda por

que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía.»—Bernal Díaz del Castillo, Hist. de la conq.

gran número de guerreros que blandían sus armas en señal de reto á sus contrarios. Era una posición inexpugnable en que se juzgaban seguros. Una granizada de piedras y de flechas cayó sobre los castellanos, cuando se aproximaron á la inaccesible roca. A la descarga de armas arrojadas, siguieron los silbidos y los gritos de burla á los españoles, á la vez que hacían grandes ahumadas en lo más alto, llamando á las armas á los pueblos inmediatos.

Creyó Hernán Cortés que alejarse sin castigar la insolencia de los que le retaban á un combate, podría perjudicar al concepto que había tratado de imprimir en los habitantes del país; esto es, que para los españoles no habían obstáculos insuperables. Veía que los contrarios no se habían atrevido á presentarle batalla en campo llano, sino donde se juzgaban completamente seguros, y no quiso pasar adelante sin combatir, temiendo, como él dice, «que los indios aliados atribuyesen á cobardía el rehusar la lucha (1).»

La empresa era temeraria; pero juzgó caso de honra el admitir el reto, y dió una vuelta de una legua al rededor del peñón para reconocerlo. El reconocimiento le hizo comprender que el punto era aun más fuerte de lo que á primera vista se había imaginado. No solamente creyó que era difícil tomarlo, sino que afirma «que parecía locura intentar ganarlo (2).» Pero estaba comprometido el

(1) «Y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y cierto era tan fuerte, que parecía locura querernos poner en ganárselo, é aunque les pudiera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podía detener.»—Tercera carta de Cortés.

nombre español, y juzgó que era preciso manifestar que no había nada que pudiera arredrar á los soldados castellanos. Resuelto el ataque, destacó fuerzas por tres puntos del cerro, quedando él con el resto del ejército en el campo, para resguardar á los asaltantes de que fuesen acometidos por otro ejército que llegase en auxilio de los asaltados.

Los españoles se lanzaron al asalto con notable osadía, á pesar de que consideraban imposible llegar á la cima. No bien emprendieron la subida, agarrándose de los salientes riscos y ayudándose mutuamente, cuando vieron llegar rodando sobre ellos enormes piedras arrojadas desde la cima, bajando hasta su base con ruido espantoso, arrastrando, en su caída, á los soldados que cogían á su paso. Rozando la ropa del valiente Bernal Díaz bajó, dando saltos, un tremendo peñasco, que dejó muerto al compañero que iba á su lado (1). Los osados asaltantes seguían avanzando penosamente, trepando de roca en roca mirando aumentarse el número de peñas que lanzaban sobre ellos sus contrarios. Otros dos valientes veteranos, quedaron aplastados bajo una de aquellas piedras, que descendía con ímpetu indecible, y arrojó á gran distancia, á un soldado de los más esforzados, llamado Alonso Rodríguez, dejándole sin vida y completamente destrozado. Sin embargo, los asaltantes continuaban subiendo, aunque casi todos se hallaban heridos y cubiertos de sangre. El valiente abandonado Corral marchaba por delante, dirigiéndose á un pun-

(1) «A mis piés murió un soldado que se decia Fulano Martinez, valenciano.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

to en que se descubrieran algunos arbustos espinosos, que ofrecían algún abrigo para respirar un instante y continuar la marcha. Bernal Diaz, que era entonces, como él dice, joven y muy ágil, le seguía, logrando al fin llegar los dos al sitio deseado. Eran los únicos que habían logrado avanzar hasta aquella altura, aunque todavía se hallaban muy distantes de la cumbre. Pero era imposible pasar mas adelante. Cuando trataron de hacerlo, dejaron caer sus contrarios, desde la cima, mayor número de peñascos, que les obligó á refugiarse detrás de los arbustos que crecían bajo un pico saliente de la montaña. Un pedazo de la concavidad, en que se habían guarecido, se desprendió con el golpe de las enormes piedras lanzadas, y fué á herir, aunque levemente, al abanderado Corral, cuya bandera se hallaba destrozada por las flechas que durante la subida á la montaña llovieron sobre ella. Era imposible pasar mas adelante. En cuanto se intentaba avanzar un paso mas, descendían, con ímpetu horroroso, los peñascos lanzados de la altura, causando nuevas víctimas. Continuar la subida, no era ya valor, sino temeridad; marchar á una muerte segura (1). Convencido Hernán Cortés de que era humanamente imposible tomar por asalto, con los pocos españoles con que contaba, una roca escarpada, á donde solo se podía llegar asido de las salientes piedras de la misma montaña, dió orden para que bajasen, pues se presentaba en aquellos momentos un numeroso ejército mejicano en la lla-

(1) «Que no pudieron subir mas, porque con piés y manos no se podían tener, porque era sin comparacion la aspereza y agrura de aquel cerro, y echaban tantas piedras de lo alto con las manos y rodando, que aun los pedazos que se quebraban y sembraban hacían infinito daño.»—Tercera carta de Cortés.

nura, en auxilio de los defensores de la montaña. Los asaltantes emprendieron el descenso con las mismas precauciones que la subida, pues caía sobre ellos una lluvia espantosa de peñascos. Casi todos se hallaban heridos, y conducían ocho de los compañeros que habían muerto en el asalto (1).

En el momento en que se hallaron al pié de la montaña, volvieron á formarse, para emprender un nuevo combate con los escuadrones aztecas, que se acercaban cubriendo la llanura. Hernán Cortés, poniéndose á la cabeza de la caballería, marchó al encuentro de ellos, y les acometió con ímpetu terrible. Pronto llegó la infantería descargando sus arcabuces y ballestas, mientras los soldados de espada y rodela les hacían sentir el filo de las cortantes hojas toledanas. Los mejicanos resistieron un momento; pero puestos en desorden por los ginetes, emprendieron la retirada, que al fin se convirtió en verdadera fuga. Los soldados de caballería, arrimando las espuelas á sus briosos corceles, les perseguían, derribando á unos y atravesando con sus lanzas á otros. Por espacio de hora y media siguieron los ginetes el alcance de los fugitivos, hasta que desaparecieron entre las asperezas de la sierra.

Terminada la persecucion, volvieron los soldados de caballería al sitio en que se hallaba Cortés con la infantería.

Una sed devoradora acosaba á todo el ejército. Era la estación del calor, habían luchado y combatido sin des-

(1) «Todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.